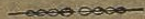


por Barrere, que además de la supresion de la comision de los Doce, contenia algunas medidas de hipócrita independencia que debian salvar las apariencias para los departamentos. Voláronlo sin debates la Llanura y la Montaña. Un gozo, en parte fingido, en parte cruel, estalló en el recinto y se comunicó de las tribunas á los grupos exteriores que rodeaban el salon. Bazire propuso á la Convencion ir á fraternizar con el pueblo y confundir su concordia con la de todos los ciudadanos. Esta proposicion fué adoptada con entusiasmo. Tambien el miedo tiene sus ternuras. La municipalidad hizo al momento iluminar Paris. La Convencion precedida y rodeada de hombres que llevaban hachas, recorrió durante mucha parte de la noche los principales barrios de la capital, seguida de los seccionarios, y respondiendo con sus gritos á los de ¡*Viva la república!* Los girondinos temerosos de señalarse con su ausencia, seguian la comitiva y asistian con muestras de un gozo de mandato al triunfo consiguiendo sobre ellos. Veíase allí á Condorcet, Petion, Gensonné, Vergniaud y Fonfrede. Luis XVI estaba vengado: los conspiradores del 10 de agosto tenian á su vez su 20 de junio. Aquel triunfo humillante á que el pueblo los arastraba encadenados ya, era el próximo presagio de su caída y la primera decision de su largo suplicio. «¿Que prefieres entre esta ovacion y el patibulo? dijo con voz bastante perceptible para ser oido Fonfrede á Vergniaud que marchaba junto á él con la frente inclinada.—Lo mismo me da lo uno que lo otro, respondió Vergniaud con estoica indiferencia:—No hay que escoger entre este paseo y el cadalso, porque nos conduce á él»



LIBRO CUARENTA Y DOS.

Tentativa de prision contra Roland.—Madama Roland en la Asamblea.—Su prision.—Poder del comité de salvacion pública.—El toque á rebato.—El 2 de junio.—Discurso.—La Asamblea.—Lanjuanais.—Tumulto.—La Convencion ante el pueblo.—Juicio acerca de los girondinos.

I.

En tanto que los girondinos seguian de aquella suerte la comitiva de su derrota, el comité revolucionario de la municipalidad envió gente armada á prender á Roland en su casa. El resentimiento de este anciano, el genio y la belleza de su muger, el rumor popular de que en su casa existía un foco de conspiraciones contra la Montaña, las declamaciones de Marat, las insinuaciones de Robespierre, las perpétuas alusiones de los periódicos jacobinos al poder oculto de esta familia; ese nombre, en fin, de rolandistas dado á los girondinos, y confundiendo de esta suerte los pretendidos crímenes de Roland con los que se atribuian á sus amigos, no habian permitido al pueblo olvidar á este ministro caído. Roland no habia gozado ni aun del beneficio de la caída, el olvido. Era

muy temido para que se le perdonase; creyeron prender en su persona una conspiracion contra la república y hallar en su casa todos los hilos y toda el alma del partido del federalismo. A las seis de la tarde, mientras la multitud rodeaba la Convencion y sus amigos luchaban en la tribuna, los seccionarios se presentaron en su casa, intimándole que les siguiese en nombre del comité revolucionario. Le enseñaron una orden por escrito. «No conozco ese poder en la Constitucion, respondió Roland, y no obedeceré voluntariamente las órdenes que emanan de una autoridad ilegal. Si empleais la violencia solo podré oponeros la resistencia de un hombre de mi edad; pero protestaré hasta el último suspiro. «No tengo orden de emplear la violencia», dijo el jefe de los seccionarios, portador del mandamiento de prision: voy á consultarle con el consejo municipal, y dejo aquí á mis colegas para que me respondan de vos.»

II.

Madama Roland llena de toda la indignacion que el sentimiento de la ley violada y de los peligros de su marido le inspira, redacta precipitadamente una carta á la Convencion, pidiendo venganza; escribe ademas otra al presidente, rogándole que le permita presentarse ella misma á la barra, y entrando en un carruaje de alquiler, se dirige á las Tullerías.

Los patios estaban llenos de gente y de tropa; cubre su rostro con el velo, temiendo ser reconocida por sus enemigos. Rechazada primero por los centinelas, consiégue á fuerza de astucia é insistencia penetrar en la sala de peticionarios, desde donde oye durante algunas horas de angustia, el sordo estruendo del salon y los tumultos de las tribunas que ultrajan á sus amigos ó aplauden á

sus enemigos. Envía su carta al presidente por medio de un diputado de la Llanura llamado Roce, que la reconoce y protege; Roce vuelve despues de mucho tiempo y le refiere las mociones homicidas que se hacen contra los girondinos, la consternacion de este partido, el peligro de las veinte y dos cabezas proscritas, la imposibilidad en que se halla la Convencion de sustraerse á este combate á muerte, para oír y discutir la reclamacion de una muger; y al ver que insiste, Roce le trae á Vergniaud.

Madama Roland y Vergniaud hablan aparte, mientras su partido se hunde. «Hacedme entrar, hacedme obtener la palabra, dice aquella muger animosa á Vergniaud, espresaré esforzadamente verdades que no serán inútiles á la república, y despertarán á la Convencion de su estupor. Un ejemplo de valor puede avergonzar una nacion.» La elocuencia que en si misma sentia la ilusión acerca de la cobardía de las asambleas. Vergniaud se lamenta de su ilusion, la disuade, la estrecha las manos entre las suyas, como si fuera un supremo adios, y entra enardecido y fortificado en el salon para responder á Robespierre.

Madama Roland sale de las Tullerías, corre á pié á casa de Louvet cuyo valor apreciaba y queria invocar; éste se hallaba en la Convencion. Al regresar á su casa, le manifiesta el portero, que Roland, habiendo burlado la vigilancia de los seccionarios, se habia refugiado en una casa inmediata. Corre á verlo, pero ya habia cambiado de asilo; síguelo de puerta en puerta y al fin lo encuentra; se precipita en sus brazos, le refiere sus tentativas, se alegra de su libertad, y vuelve á salir para tratar de penetrar en la Convencion.

III.

Hacia ya dos horas que era de noche. Aquella muger sola recorre las calles iluminadas sin comprender por el

triufo de que partido brillaban aquellas luces. Cuando llega al Carrousel donde poco antes se hallaban cuarenta mil hombres y se agitaba una muchedumbre inmensa, encuentra la plaza desierta y silenciosa. Solo algunos escasos centinelas quedan á las puertas del Palacio nacional. La sesion se habia ya levantado. Interroga entonces á un grupo de descamisados que guardaban un cañon, los cuales le hacen saber con el acento de una alegría que creian participar con ella, que la comision de los Doce está abolida, habiendo reconciliado este sacrificio á los patriotas; que Paris salva la república, que el reinado de los traidores ha terminado, y que la municipalidad victoriosa no tardará en mandar prender á los veinte y dos. Entonces se vuelve consternada á su casa, abraza á su hija que estaba durmiendo, y reflexiona acerca de si deberá huir para sustraerse al arresto. El asilo en que estaba oculto su marido no podia contenerlos á ambos, y el único á que podia recurrir hubiera suscitado contra su virtud calumnias mas temidas que la muerte, por su pureza. Decidióse á esperar su suerte y arrostrarla en medio de su vida de esposa y de madre. Tiempo hacia que habia aguerrido á su alma contra la persecucion y el asesinato. Su corazon devorado por una doble pasion, un amor sin debilidad y un patriotismo desesperado, no le presentaba en la muerte sino un asilo para su virtud y una brillante inmortalidad para su nombre. Solo sentia perder la vida por su hija, en cuya alma veia brotar el germen de sus talentos, con una razon mas fortalecida y mas serena para dominar sus pasiones. Tenia amigos seguros á quienes poder legar este tesoro de una madre. Tranquila en cuanto á esto, estaba dispuesta para cualquier acaecimiento. La sangre de otra Lucrecia no amedrentaba su imaginacion, con tal que tiñese la bandera republicana. Resuelta á esto, se sentó para escribir á Roland los resultados de su jornada. Abrumada por el cansancio y las angustias en que habian pasado el dia, acababa de dor-

mirse, cuando algunos miembros de la seccion penetran en su morada y hacen que su doncella la despierte. Se levanta sobresaltada, y comprendiendo de antemano su suerte, se viste con decencia, hace un lío con sus vestidos mas necesarios, como si se despidiera para siempre de su casa. Los seccionarios que la estaban esperando en la sala, la presentan la orden de prision dada contra ella por la municipalidad. Solo pide un minuto para informar por medio de una carta á un amigo suyo de su situacion y encomendarle su hija. Se lo conceden, pero habiendo insistido el gefe de los seccionarios en ver lo que escribia y saber el nombre del amigo á quien se dirigia, rasgó indignada la carta, prefiriendo desaparecer sin despedirse, á denunciar una amistad que se consideraria como un crimen en la persona á quien estimaba.

Al amanecer fué arrebatada á su hija y á sus criados afligidos. «¡Cuánto os quieren!» le dijo con asombro uno de los seccionarios que nunca habia visto en la muger bella y sensible mas que el gefe de un partido odioso y calumniado. «Es porque yo tambien los quiero,» le respondió con tierna altivez madama Roland.

La introdujeron en un coche rodeado de gendarmes. El pueblo, amotinado desde por la mañana por el espectáculo de aquella prision, seguia el coche gritando: «¡A la guillotina!» Al vulgo le gusta verlo caer todo. Un comisionado de la municipalidad, preguntó á madama Roland si deseaba que se bajasen los cristales para sustraerse á aquellas miradas y aquellos gritos.—No, dijo: la inocencia oprimida no debe tomar la actitud del crimen y de la vergüenza: no temo las miradas de los hombres de bien, y arrostro las de mis enemigos.—Teneis mas carácter que muchos hombres, le dijo el comisario, sin duda confiais en que se os hará justicia.—¡Justicia! respondió ella, si la hubiera no estaria yo aqui. Iré al cadalso, del mismo modo que voy á la cárcel; desprecio la vida.» Las puertas de la cárcel se cerraron tras ella, pa-

reciendo entrar consigo en aquel calabozo todas las faltas, todas las esperanzas, todos los arrepentimientos y todo el heroísmo de su partido. La historia la seguirá para contemplarla.

IV.

La sesión del día siguiente, 1.º de junio, en la Convención, solo se ocupó con la lectura de la proclama del comité de salvación pública al pueblo francés, leída y redactada por Barrere. Esta proclama, que llevaba impreso el carácter de debilidad y ambigüedad de los sucesos y de los hombres, escusaba la insurrección como una feliz ilegalidad del pueblo de París, y presentaba á los girondinos como representantes de una virtud demasiado rígida, cuyos errores había reparado la Convención, pero cubriéndolos sin embargo con su inviolabilidad. La municipalidad, embriagada de su victoria, hablaba con mas imperio, y se reunía para acabar con sus enemigos. El corregidor Pache no fingía ya vituperar al comité insurreccional del Arzobispado. «Vengo, decía, del comité de salvación pública á donde he sido llamado, y lo he hallado en las mejores disposiciones, como os lo atestiguará Marat que estaba allí. Marat pide que escuchéis sus consejos en estas graves circunstancias.»

Marat se presenta en efecto en la tribuna. «¡Levántate, pueblo soberano! esclama. Solo tienes recursos en tu propia energía. Tus mandatarios te venden. Preséntate á la Convención, lee tu representación, y no abandones la barra hasta no haber obtenido una respuesta, despues de lo cual obrarás de una manera conforme á nuestros derechos é intereses. Este es el consejo que tenia que darte.» A la voz de Marat, el ayuntamiento obediente nombra doce comisionados, seis de su seno y otros seis del co-

mité insurreccional para llevar la representación á la Convención. El presidente da las gracias á Marat, por haber venido á comunicar su energía á la municipalidad. Se votan las medidas de levantamiento en masa del pueblo de París, el sueldo de los descamisados, el toque á rebato, la generala y el cañonazo de alarma.

V.

Entretanto deliberaba por su parte el comité de salvación pública, al cual había enviado el decreto de la Convención todos los poderes y toda la responsabilidad arrancados la vispera á la comision de los Doce. Se componia entonces aquel de una mayoría de montañeses y de algunos diputados neutros de la Llanura. El comité de salvación pública deliberaba en secreto y no tenia mas que nueve miembros: Barrere, Delmas, Breard, Cambon, Roberto Lindet, Guyton de Morveau, Treichard, Lacroix de Eure-et-Loir y Danton. En aquel comité, investido repentinamente de una dictadura inesperada, fluctuaba Barrere como siempre, Danton dominaba como en todas partes. El comité, informado por sus agentes de las resoluciones de la municipalidad y del proyecto de prender á los veinte y dos, pasó la noche y una parte del día en deliberaciones. Llamó á su seno á Pache, á Garat, ministro de lo Interior, y á Bouchette, ministro de la Guerra, hechura de Pache. Las noticias eran temibles, los dictámenes vacilantes, los ánimos estaban indecisos entre el peligro de rehusarlo todo á la municipalidad, ó el de prestarle la mano de la Convención para mutilarse esta á si misma. Pache, Bouchette y Garat ya no disimulaban al comité que la prision de los veinte y dos eran la única medida que pudiese calmar la fermentación de París. Esta cruel necesidad de inmolar á sus colegas, al ostra-

cismo del vulgo, parecia repugnante aun al mismo Barrere. «Será preciso ver, decia á Pache, quien representa la nacion: si la Convencion nacional ó la municipalidad de París.»

Treillard, Delmas, Breard y Cambon, no se revelaban menos contra la idea de atentar á la inviolabilidad del único poder soberano que existia, dando así aliento á las facciones, y concitando los departamentos. De todas las dictaduras de que tanto se hablaba, era aceptar la peor: la dictadura de las sediciones.

Lacroix, franciscano fanático, adicto á Danton como al genio de la república, no se atrevia á emitir su parecer antes que hubiese hablado su señor, temiendo equivocarse de crimen. El mismo Danton parecia estar indeciso por la vez primera. Lo escuchaba todo concentrando las reflexiones en su alma y encubriendo su pensamiento, por lo comun tan visible en su rostro, con la máscara de la impasibilidad. Pero habia en su inmovilidad y silencio mas afliccion que encono. Su fisonomía parecia revestirse de antemano con el luto de la república.

Garat se lamentaba junto á Danton de la inminencia del peligro, de la gravedad del atentado, de las siniestras consecuencias de semejante sacrificio hecho á la fuerza brutal de las masas. Despues, como iluminado de pronto por uno de aquellos repentinos relámpagos que dan alguna luz en medio de la oscuridad, exclamó: «No veo mas que un medio de salvacion; pero exige un heroismo que no se puede esperar en estos tiempos corrompidos.—Habla, dijo Danton, nuestras almas se encuentran á la altura de todos los tiempos; la revolucion no ha degradado la naturaleza humana.—¡Pues bien! replicó Garat con timidez como un hombre que mide el abismo del corazon de otro sin saber si hallará en él el crimen ó la virtud, acuérdate de las disensiones de Temistocles y Aristides que estuvieron á punto de destruir su patria, desgarrándola entre dos facciones encarnizadas. Aristides, halló la

salvacion del pueblo en su grandeza de alma: Atenienses, dijo al pueblo que se dividia entre él y su rival, no tendreis sosiego ni felicidad, mientras no precipiteis á la vez á Temistocles y á mi en el abismo donde arrojaís á vuestros criminales!.....

«Tienes razon, esclama Danton comprendiendo la alusion antes que Garat la aplicase á las circunstancias, y levantándose como un hombre que encuentra la salvacion y la abraza; ¡tienes razon! Es preciso que la unidad de la república triunfe si es necesario sobre nuestros cadáveres; es preciso que nuestros enemigos y nosotros nos desterremos en número igual de la Convencion, para restituirle la fuerza y la paz. Corro á proponer este partido á nuestros heroicos amigos de la Montaña, y yo me ofrezco el primero á presentarme en rehenes á Burdeos.»

Todo el comité, arrastrado por el entusiasmo de la accion y de las palabras de Danton, adoptó este partido que, dejando el honor del sacrificio á los montañeses, salvaba las cabezas de los girondinos, no dando la victoria sino al patriotismo. Garat veia en él la terminacion de una lucha que intimidaba su debilidad; Barrere una continuacion de equilibrio entre las facciones; el mismo Pache un camino para la suprema magistratura de la república, que se meditaba para él con el título de *gran juez del pueblo*; Danton por último, un acto de sacrificio personal que ampararía su nombre contra las acusaciones de setiembre, una prueba de desinterés patriótico que lo engrandecería aun en la imaginacion del vulgo, y le daría á fuerza de aprecio esa direccion suprema de la revolucion que aun no habia podido conquistar á fuerza de popularidad.

Pero el entusiasmo se evapora enfriándose, y las resoluciones improvisadas en un consejo, son raras veces adoptadas por la pasion de una gran asamblea. Danton arrastró á algunos amigos, y los demas pidieron tiempo para reflexionar. Hizo tantear á Robespierre, pero éste,

mas político y menos generoso, habló friamente de las ilusiones de Danton, y las desvaneció á los ojos de sus amigos. «Su lógica no le permite abdicar, dice, su poder, porque no le tiene, sino el encargo del pueblo que le ha enviado al puesto en que queria morir. No se trata de mí, añade, sino de mis ideas que son las del pueblo y del tiempo. No tengo el derecho de abdicarlas. Que tomen mi cabeza, pero yo no la daré. Por otra parte, añadió, el abismo de Aristides no es mas que un sofisma puro. O Aristides cree que es perjudicial á su patria, y en ese caso, debe precipitarse él mismo, ó piensa que la salva, y entonces debe precipitar á sus enemigos: esa es la lógica. El heroismo de Danton no es mas que la ternura de un corazon débil que cede ante el deber y entrega la revolucion por una lágrima.»

VI.

Paralizados por la inflexibilidad de Robespierre, Danton, Barrere, Lacroix, y Garat, se vieron obligados á renunciar á este proyecto y no hallaron salvacion para la Asamblea sino en la abdicacion pronta y voluntaria de los veinte y dos. Se esforzaron en convencer á los diputados designados, de la necesidad de sacrificarse ellos mismos á la unidad de la república. El patriotismo y el miedo les ayudaron á convencer á cierto número. La masa y los gefes prefirieron esperar el crimen y dejarle todo su horror antes que debilitarlo previniéndolo. Como Robespierre respondieron á los negociadores del comité de salvacion pública: «Que tomen nuestras cabezas, solo las ofrecemos á la república pero no á nuestros asesinos.»

VII.

El comité de ejecucion se hallaba desde entonces en sesion permanente en el ayuntamiento. Se componia de Varlet, Dobsent, Dufourny, Hassenfratz y Guzman, satélites todos de Marat. Este les inspiró la idea de hacer retrogradar hácia París, los batallones de voluntarios que marchaban contra la Vendée, para cercar la Convencion y bloquearla hasta que hubiese entregado los veinte y dos y la comision de los Doce. Mientras que los emisarios del comité insurreccional partian para hacer volver los batallones, se oyó de nuevo el toque á rebato de los campanarios de París, y el tambor de las secciones batió generala en todos los barrios.

Los girondinos, al toque de rebato y de generala, se reunieron por la última vez, no ya para deliberar, sino para estrechase y fortificarse contra la muerte. La estrechidad del peligro, la imposibilidad de retardarlo, el encono del pueblo, que ya no distinguia matices entre ellos, confundiéndolos á todos en las mismas imprecaciones, los envolvian en momento tan supremo en la misma suerte. Cenaron juntos en una casa aislada de la calle de Clichy, entre el estruendo de las campanas, de los tambores, y del movimiento de los cañones y armones que Henriot hacia conducir á la Convencion. Aquellos ruidos siniestros no les arrebataron ni la libertad de ánimo, ni la serenidad de corazon, ni aun los rasgos de la alegría que aquellas almas intrépidas se complacian en manifestar en sus últimas entrevistas, como una provocacion á la fortuna ó como halagos á la muerte. Aceptaron su destino, ciñéndose á discutir al fin de la comida sobre la actitud con que les convendria someterse á él, no por su propia salvacion, sino como un ejemplo que debian dejar á la re-

pública. Algunas palabras sublimes se oyeron que quedaron sepultadas en silencio de aquella noche. Todos podían huir, y casi ninguno lo quiso hacer. Petion, tan débil contra la popularidad, fué intrépido contra la muerte. Gensonné acostumbrado al espectáculo de los campamentos, y Buzot, cuyo corazón latía á consecuencia de las impresiones que en él había causado su desgraciada amiga, madama Roland, querían esperar la muerte en los bancos de la Convencion, dejándose degollar en ellos gritando venganza á los departamentos. Barbaroux, con el ardor de la juventud del Mediodía, enseñaba las armas que llevaba entre su ropa, conjuraba á sus colegas á que se armasen, y quería vengarse sacrificando él mismo á los mas peligrosos de sus asesinos. Louvet, vituperando aquel heroísmo sin esperanza ni resultado, suplicaba á sus amigos que se escapasen durante aquella noche tumultuosa para ir á escitar la indignacion y alzamiento de los departamentos. Vergniaud se fiaba como siempre en la suerte y en su genio, y nada quería resolver antes del suceso; su mismo valor era perjudicial á la energía de sus resoluciones. Se conformaba demasiado con la muerte para tratar de evitarla. La muerte, segun él, se hallaba tan irrevocablemente colocada en todas las sendas de la revolucion que le era del todo indiferente la eleccion de la que debía emprender. La fuerza que nace de un estado desesperado produce solo la resignacion. Hay esperanza en el heroísmo. Vergniaud era el mas elocuente de los ciudadanos, pero no era un combatiente. «Brindemos á la vida ó á la muerte», dijo levantándose de la mesa, á Petion que estaba en frente de él. Esta noche encubre en su sombra una ú otra de ambas cosas para nosotros. No nos ocupemos de nosotros sino de la patria. Aunque fuera este vaso de vino mi sangre lo bebería á la salud de la república.» A las sublimes palabras de Vergniaud sucedieron gritos ahogados de viva la república. Los desgraciados girondinos se veían precisados á bajar su voz,

al dirigir sus últimos votos á su patria, por no ser oídos de aquel pueblo por el cual iban á morir.

VIII.

El toque á rebato, la generala y los cañonazos de alarma disparados sin interrupcion en el terraplen del Puente Nuevo, los pasos de los seccionarios armados, que corrían á sus puestos, les anunciaron que la hora no daba ya tiempo para vacilar. Se separaron sin haber acordado una resolucion unánime. Cada uno se aconsejaba de sus ilusiones ó de su desesperacion, de su valor ó de su debilidad; los unos buscando su salvacion en una fuga nocturna fuera de la barrera de Paris, yendo los otros á esperar el éxito de la sesion en casa de sus amigos no sospechosos de federalismo, y presentándose los mas generosos é imprudentes en la Convencion para morir en su puesto. Sus bancos estuvieron desiertos por mucho tiempo en la sesion de la noche que se abrió á las diez. Ya corría en la Montaña el rumor de su fuga y traicion, cuando la presencia de los mas valientes de los veinte y dos vino á imponer á sus asesinos.

Se habia seguido el plan de bloqueo de Marat. Toda la noche habia estado dirigiendo Henriot alrededor de la Convencion, los batallones de voluntarios parisienses que se habian hecho venir de las afueras. Ciento sesenta bocas de fuego y los batallones de las secciones de Paris en quienes menos confiaba el ayuntamiento, formaban una segunda línea detrás del Carrousel. Reinaba un profundo silencio en las filas de aquel ejército de ciudadanos que presentaba el aspecto, no ya de una sedicion, sino de un campamento y revelaba la resolucion de dictar medidas á la representacion nacional, aunque fuera con

las bayonetas. El crimen contra la Constitución estaba ya consumado en el corazón de aquellos hombres.

Al rayar el día se abrió la sesión presidida por Mallarmé como la víspera. Mas moderado que Herault de Sechelles, sabía dar á la violencia la apariencia de la legalidad. La Montaña le había confiado el cuidado de conservar á la proscripción toda la dignidad de la ley. Lanjuinais, mirando los bancos casi desiertos de los girondinos, y tanto más alentado en su defensa, cuanto más abandonados los veía, pidió la palabra. ¡*Abajo Lanjuinais!* le gritan las tribunas. «Quiere encender la guerra civil. —Mientras sea permitido hacer oír aquí una voz libre, dijo Lanjuinais, no dejaré envilecer en mí persona el carácter de representante del pueblo. Diré la verdad. Harto evidente es que estais deliberando hace tres días bajo la ley de la cuchilla. Un poder rival os domina y os rodea. Adentro no hay más que hombres pagados, afuera cañones!; se han cometido crímenes que la ley castiga con la muerte. Una autoridad usurpadora ha hecho disparar cañonazos de alarma.» Al escuchar estas palabras Legendre, Drouet, Turreau, Robespierre el menor, se levantan y precipitan hácia la tribuna armados de pistolas para arrojar de ella á Lanjuinais. Legendre le pone el cañon de la suya al pecho; Biroteau, Defermon, Pilastre, Lidon y Penieres, acuden al socorro de Lanjuinais. El presidente se cubre: «Desapareció la libertad, dice entristecido y con solemnidad, si continúan semejantes desórdenes. —¿Qué habeis hecho sin embargo? prosigue Lanjuinais con firmeza, nada por la dignidad de la Convención, nada por la inviolabilidad de sus miembros atacados, hace dos días hasta en su vida. —¡Malvado, le grita Thuriot, has jurado indudablemente perder á la república con tus eternas declamaciones y tus calumnias. —Existe una asamblea usurpadora que conspira, delibera y obra, continúa diciendo el impasible orador. Un comité directorial enciende la guerra civil y aun existe esa mu-

nicipalidad rebelada. Antes de ayer, cuando esa autoridad rival y usurpadora os hacia rodear de armas y cañones, venian á traer os esa petición, esa lista de proscripción de vuestros colegas, hallada en el fango de las calles de París.» Al oír esto las tribunas y la Montaña parecen desplomarse sobre Lanjuinais. La multitud que se apiña á las puertas y corredores, lanza gritos de muerte y rechaza hasta las gradas de la tribuna á los ugieres y guardias de la Convención. Aquellos alaridos, aquellos puños levantados, aquellos ademanes homicidas, aquellas armas que resuenan á algunos pasos de él no comunican el mas ligero temblor al acento de Lanjuinais. Concluye pidiendo la represión de la municipalidad á pesar de verse bajo el hierro de sus sicarios.

Una diputación de las autoridades revolucionarias de París le sucede. «Delegados del pueblo, dice, hace cuatro días que París no ha depuesto las armas, y hace también cuatro que sus reclamaciones se ven burladas. La antorcha de la libertad se ha oscurecido, las columnas de la igualdad se han conmovido. Los contra-revolucionarios levantan sus cabezas insolentes. ¡Tiemblen por fin! El rayo que va á pulverizarlos está retumbando. Representantes, conocemos los crímenes de los facciosos de la Convención: salvadnos ó nos vamos á salvar nosotros mismos.»

Billaud-Varennes propone que esta petición sea inmediatamente enviada al comité de salvación pública y se discuta sin levantar mano. La Llanura pide la orden del día. «La orden del día, esclama el impaciente Legendre, es la de salvar la patria.» Al ver la perplejidad de la Convención, al oír las palabras de Legendre que parecen una señal convenida entre la Montaña y el pueblo, salen tumultuosamente de las tribunas algunas mugeres y unos pocos espectadores gritando á las armas. Las puertas ceden con estrépito al impulso de la multitud, y la Convención se cree por un momento forzada en su re-

cinto. «Salvad al pueblo de sí mismo, esclama un diputado de la derecha llamado Richon. Salvad la cabeza de vuestros colegas decretando su arresto provisional.—No, no, responde con magestuosa intrepidez el generoso Larveillere-Lepeaux, hombre en quien el sentimiento religioso fortalecía el del deber, no, nada de debilidad. Todos participaremos de la suerte de nuestros colegas!!!

Pero algunos de esos hombres que infunden el terror pánico en los corazones y confunden la cobardía con la prudencia, continúan pidiendo á voces el decreto de prision contra sí mismos. Levasseur, amigo de Danton, se lanza á la tribuna. Enemigo de la Gironda, pero enemigo leal, quiere purificar la Convencion sin derramar la sangre de sus colegas. «Nos piden, dice, el arresto provisional de los veinte y dos para protegerlos contra el furor del pueblo. Yo sostengo que lo deben ser definitivamente si lo han merecido; y lo merecen, como voy á probarlo.» Al oír esto, las proposiciones de Levasseur son aprobadas de antemano con prolongados aplausos, que hacen conocer á los girondinos estar ya entregados. Levasseur prosigue, y en un discurso estenso enumera los crímenes atribuidos á los girondinos, sosteniendo que aunque fueran inocentes recaen sospechas sobre ellos, y que como sospechosos deben ser detenidos y juzgados legalmente por la Convencion.

El silencio con que es escuchado Levasseur manifiesta el combate interior que trabaja la conciencia de la asamblea. Barrere, aguardado con impaciencia, llega por fin del comité de salvacion pública y sube á la tribuna para leer el dictámen de este comité. Su fisonomía, violenta cuando mira á la derecha, risueña cuando se dirige á la Montaña, revela de antemano las resoluciones de que es órgano é inspirador. «El comité, dice lacómicamente, por respeto á la situacion moral y política de la Convencion, no ha creído deber decretar el arresto, pero que debia dirigirse al patriotismo y generosidad,

pedir la suspension voluntaria de su poder, única medida que puede terminar las disensiones que asedian la república, restituyéndola á la paz. El comité, por lo demas, ha tomado todas las medidas para poner á los miembros de que se trata bajo la salvaguardia del pueblo y de la fuerza armada de Paris.»

IX.

El silencio glacial de la Montaña y los murmullos de disgusto de las tribunas prueban al momento á los girondinos que esta medida no satisfacé aun sino á medias la impaciencia de sus enemigos. Algunos se apresuran á aprobarla como un medio de salvacion que van á perder si deliberan. Isnard, el mas fogoso de entre ellos en otras ocasiones, y ahora el mas desalentado y humilde, sube con la frente baja las gradas de la tribuna como para espiar el primero su blasfemia contra Paris. «Cuando se pone en la misma balanza á un hombre y la patria, dice con resignado acento, ¡estoy siempre por la patria! Lo declaro, si mi sangre fuese necesaria para salvar mi patria, sin otro verdugo que yo mismo, llevaria mi cabeza al cadalso, y desprenderia por mi mano el hierro fatal que hubiera de cortar mis dias. Se nos pide nuestra suspension como única medida capaz de precaver los grandes males que nos amenazan, ¡pues bien! ¡me suspendo á mí mismo, y no quiero otra salvaguardia que la del pueblo!» Isnard baja entre las aclamaciones de los unos y el desprecio de los otros. Lanthenas, el débil amigo de Roland, imita á Isnard. «Nuestras pasiones, nuestras divisiones, dice, han abierto un abismo bajo nuestros pies; ¡en él deben precipitarse los veinte y dos miembros denunciados!» Fauchet, ansioso de hallar un asilo en la indulgencia del pueblo, se apresura á hacer su sacrificio á

la patria ó al miedo. También cede el anciano Dussaulx, abatido por la edad y el estudio. Cada una de estas abdicaciones va eubierta y acompañada de aplausos. La Convencion satisfecha, cree libertarse de una purificacion dolorosa con la patriótica de aquellas abdicaciones voluntarias.

X.

Lanjuinais, sin embargo, se levanta y sube por la última vez á la tribuna. «Creo, dice con el resuelto acento de la conciencia, creo haber mostrado hasta ahora bastante energía para que no esperéis de mí ni suspension ni dimision.» Al oír la altivez de esta declaracion, la Montaña, las tribunas y el pueblo que inunda el salon responden con imprecaciones y amenazas de muerte. Lanjuinais recorre con mirada desdeñosa aquella multitud cuyos ademanes le hieren de lejos, y cuyos improprios abogan su voz. Un momento de silencio permite en fin á la indignacion de su alma dejarse oír, haciendo una reconvenccion inmortal á la villanía de sus enemigos. «Cuando los antiguos sacrificadores, dice, arrastraban en otro tiempo las victimas al altar para inmolarlas, las coronaban con flores y cintas.... ¡villanos! ¡no las insultaban!....» Al escuchar tan magestuosa imagen, realzada por la siniestra analogía del orador con la victima, del sacrificador con el pueblo, el tumulto, avergonzado de sí mismo, cesa, y el pueblo á su vez inclina la frente. Cuando la sublimidad del lenguaje va unida á la de la accion, el hombre se ve subyugado á pesar suyo, la elocuencia se convierte en heroismo y el genio se confunde con la virtud. «Está visto, prosigue Lanjuinais, no se puede salir de aquí ni asomarse á la ventana para pedir justicia á la nacion; los cañones están apuntándonos. Nin-

gun voto legal puede emitirse en este recinto. Callo....» y baja.

Barbaroux, menos elocuente, pero tan inflexible como Lanjuinais, le reemplaza: «Si mi sangre fuese necesaria para el afianzamiento de la libertad, esclama, la derramaria. Si el sacrificio de mi honor fuese preciso para la misma causa, os diria: Arrebatádmelo; la posteridad será mi juez. Si la Convencion, en fin, creyese necesaria la suspension de mis poderes, obedeceria su decreto; pero nunca depondré por mí mismo la autoridad con que me ha investido el pueblo.... No, no esperéis de mí dimision alguna. ¡He jurado morir en mi puesto, y cumpliré mi juramento!» Los oyentes admiran y callan.

«¡Sacrificios á la patria! dice Marat; olvidan que es preciso estar puros para ofrecer tales sacrificios. Yo soy el que como verdadero mártir de la libertad, debo sacrificarme por todo. Ofrezco mi suspension al punto en que hayais decretado el arresto de los veinte y dos; y pido que borrando de la lista á Ducos, Lanthenas y Dussaulx, que no merecen los honores de la proscripcion, añadais en su lugar las cabezas de Fermont y de Valazé, que no están en ella.»

XI.

Billaud-Varennes estaba combatiendo, como Marat, la blandura de las proposiciones de Barrere, cuando estalla un nuevo tumulto á las puertas de la Asamblea y suspende por un momento toda deliberacion. Lacroix, amigo y confidente de Danton, impelido en secreto por éste en aquella determinacion, se precipita en el salon con los brazos estendidos como un hombre que implora asilo y venganza contra asesinos. Finge la actitud, la voz, los gestos del espanto. «Se han dirigido armas contra mi pecho, esclama. La Convencion está bajo la me-

tralla. Hemos jurado vivir libres ó morir; ¡pues bien! ¡es preciso saber morir, pero morir librest!»

La Gironda y la Llanura confirman las palabras de Lacroix, y atestiguan que varios de ellos han sido rechazados al salon y ultrajados. Danton se manifiesta igualmente indignado. Barrere dice que la Convencion avasallada no puede hacer leyes, que la están acechando nuevos tiranos, y que esta tiranía reside en el comité revolucionario de la municipalidad, en cuyo seno hay malvados. Designa al español Guzman, amigo y agente de Marat; y que en este momento y á vista de la Convencion, se está distribuyendo á las tropas que la rodean el salario de la insurreccion. Danton sostiene á Barrere y pide que el comité de salvacion pública se encargue de vindicar la representacion oprimida. Un decreto ordena á la fuerza armada que se retire del recinto. Mallarmé, con la voz agotada ya, cede la presidencia á Herault de Sechelles, el presidente de prevencion de los dias de conflicto.

Si todos los girondinos hubiesen estado presentes, si Vergniaud, cuya moderacion cautivaba la Llanura y adormecía á la Montaña, quizá hubiese pronunciado entonces una de sus magnificas arengas, apaciguando al pueblo con promesas y avergonzando á la Convencion del espectáculo de su opresion; esta tentativa de Lacroix, y de Danton para salvar las veinte y dos cabezas no hubiera sido infructuosa. Pero todos los oradores de la Gironda ó estaban ausentes ó mudos. Barrere provocó solo por segunda vez á la Asamblea. «Ciudadanos, dice, os lo repito, sepamos si somos libres! Pido que la Convencion vaya á deliberar en medio de la fuerza armada, que sin duda la protegerá.»

Herault de Sechelles, al escuchar estas palabras, baja del sillón y se coloca á la cabeza de una columna de diputados dispuestos á seguirle. Los girondinos y la Llanura se unen á él. La Montaña indecisa permanece in-

móvil. «No salgais, le gritan los jacobinos de las tribunas. Es un lazo en que los traidores quieren envolver á los patriotas. ¡Sereis degollados!—¡Cómo! ¿abandonareis á vuestros colegas que van á arrojar en el seno del pueblo entregándolos así á una muerte cierta haciéndole creer que hay dos Convenciones, una dentro y otra fuera de este recinto?» Responden con ademanes de súplica los diputados de la Llanura. Danton se arroja generosamente en medio de ellos. Robespierre delibera un momento con Couthon, Saint-Just y un grupo de jacobinos, y se deciden por fin á bajar de sus bancos y unirse á la comitiva.

Al presentarse el presidente, que llevaba la escarapela tricolor, se abren las puertas, los centinelas presentan las armas, y la multitud deja paso á los representantes, los cuales avanzan hácia el Carrousel. Las turbas que ocupan la plaza saludan á los diputados. Algunos gritos de ¡Viva la Convencion, abajo los girondinos, entregad los veinte y dos! mezclan la sedicion al respeto. La Convencion, impasible á estas voces, marcha ordenada hasta las piezas de artillería, junto á las cuales el comandante general Henriot parecía esperarla en medio de su estado mayor. Herault de Sechelles manda á Henriot que haga retirar aquel aparato de fuerza y abra paso á la representacion nacional. Henriot, que conoce en si la omnipotencia de la insurreccion armada, encabrita su caballo retrocediendo algunos pasos, y con gesto imperativo dice á la Convencion: «No saldreis sin haber entregado los veinte y dos.—¡Prended á ese rebelde!» dijo Herault de Sechelles á los soldados enseñándoles á Henriot. Los soldados permanecen quietos. «¡Artilleros, á vuestras piezas! ¡soldados, á las armas!» grita Henriot á sus batallones.

A estas palabras, repetidas en toda la linea por los oficiales, se efectúa un movimiento de concentracion alrededor de las piezas de artillería. La Convencion retrocede. Herault de Sechelles pasa con los diputados por la

bóveda del palacio al jardín. Allí, los batallones fieles acantonados á la estremidad de la grande alameda que conduce á la plaza de la Revolucion, llamaban con sus aclamaciones á los miembros de la asamblea, jurando cubrirlos con sus bayonetas. Herault de Sechelles se encamina allí; pero antes de llegar al puente Giratorio le corta el paso un batallon de las secciones insurreccionadas. La Convencion agrupada alrededor de su presidente, vacila y se detiene.

Marat, saliendo entonces de una alameda inmediata, escoltado de una columna de jóvenes franciscanos que gritan ¡*Viva el amigo del pueblo!* intima á los diputados que vuelvan á sus puestos. La Convencion cautiva, pero aparentando estar satisfecha de los pocos pasos que la han permitido dar, vuelve á entrar en el salon. Couthon añade dentro la burla á la violencia que fuera se habia ejercido sobre ellos. «Ciudadanos, dice, todos los miembros de la Convencion deben ahora estar seguros de su libertad. Habeis marchado hácia el pueblo, y en todas partes lo habeis hallado respetuoso para con sus representantes é implacable contra los conspiradores. Ahora, pues, que os reconoceis libres para deliberar, pido, no un decreto de acusacion contra los veinte y dos denunciados, sino un decreto que los arreste en sus casas, así como á los miembros de la comision de los Doce, y á los ministros Claviere y Lebrun!»

XII.

Un aplauso aparente, pero unánime, manifiesta que ni siquiera queda ya en la Convencion el pudor de su situacion. Legendre, Couthon y Marat dejan oír sin embargo, algunas palabras de piedad por los miembros de la comision de los Doce, que protestaron contra la prision

de Hebert y Varlet. Se borra de la lista de los proscritos á Fonfrede, Saint Martin y algunos otros.

Algunos peticionarios se ofrecen á servir de rehenes á los departamentos cuyos diputados van á ser presos. «No he necesitado bayonetas para defender la libertad de mis opiniones, contesta Barbaroux, tampoco necesito rehenes para proteger mi vida. Mis rehenes son la pureza de mi conciencia y la lealtad del pueblo de Paris en cuyas manos me entrego.—Y yo, dijo Lanjuinais, pido rehenes, no por mí, pues hace tiempo que he hecho el sacrificio de mi vida, sino para impedir que estalle la guerra civil y mantener la unidad de la república.» Ningun murmullo insultante respondió á estas últimas palabras de los veinte y dos. La Convencion al herirlos, conoció que se habia herido á sí misma. Compadeciéndolos se compadecia de sí propia. La Montaña bajó silenciosamente de sus bancos, evitando mirar á los hombres que acababa de proscibir; varios de estos se habian escapado; otros habian estado encerrados en casa de Meilhan, uno de sus colegas, y se dispersaron al saber el resultado de la sesion. Barbaroux, Lanjuinais, Vergniaud, Mollevault y Gardien, quedaron en sus bancos, esperando en vano á los hombres armados que debian asegurarse de sus personas. No viéndolos venir, se retiraron ellos mismos á sus casas, á donde el comité revolucionario mandó gendarmes de centinelas de vista.

XIII.

Tal fué la catástrofe politica de este partido. Murió como habia nacido, de una sedicion legalizada por la victoria. La jornada del 2 de junio, llamada aun el 31 de mayo porque la lucha duró tres dias, fué el 10 de agosto de la Gironda. Este partido sucumbió por su debilidad é indecision como el rey á quien habia derribado. La repú-

blica que habia fundado se desplomó sobre él, despues de ocho meses tan solo de existencia. Se honró á aquel grupo de republicanos por sus intenciones, se le admiró por sus talentos, se le compadeció por sus desgracias, se sintió su pérdida á causa de sus sucesores, y porque sus gefes al caer abrieron una larga senda al cadalso. Despues de la desaparicion de este partido, se pregunta cual era su idea y si tenia alguna. La historia tambien pregunta si el triunfo de la Gironda en 31 de mayo hubiera salvado la república; si habia en aquellos hombres de palabras, en sus concepciones, en su union, en sus caracteres y en su genio político los elementos de un gobierno dictatorial á la vez y popular, capaz de comprimir las convulsiones interiores de la Francia, hacerla triunfar en lo exterior y procurar el establecimiento de una república regular preservándola de los reyes y demagogos. La historia no vacila en responder: No; los girondinos no tenian en sí ninguna de estas condiciones. El pensamiento, la unidad, la política, la resolucion, todo les faltaba. Habian hecho la revolucion sin quererla y la gobernaban sin comprenderla. La revolucion debia revelarse contra ellos y escapárseles.

Dos cosas necesitan los hombres de Estado para dirigir los grandes movimientos de opinion de los cuales participan: la inteligencia completa de estos movimientos y la pasion que espresan en un pueblo. Los girondinos no poseian completamente ni una ni otra. En la Asamblea legislativa habian contemporizado mucho tiempo con la monarquía mal aceptada por ellos, y no habian comprendido que un pueblo no se trasforma ni regenera casi nunca bajo la mano y el nombre del poder de que se liberta. La república, tímidamente tramada por algunos de ellos, habia sido acogida mas bien como una necesidad fatal que abrazada como un sistema por los otros. Ya desde el siguiente dia de su proclamacion, habian temido el fruto de su obra, como una madre que hubiese dado á luz un

mónstruo. En vez de trabajar en el afianzamiento de la naciente república, no habian manifestado otro afan que el de debilitarla. La Constitucion propuesta por ellos mas bien parecia un arrepentimiento que una esperanza, pues combatia uno por uno todos los órganos de vida y de fuerza de la república. La aristocracia se revelaba bajo otra forma, en todas sus instituciones civiles, y en ellas se reconocia ahogado de antemano el principio popular. Desconfiaban del pueblo, y éste á su vez desconfiaba de ellos. La cabeza temia al brazo y el brazo á la cabeza. El cuerpo social no podia hacer otra cosa que agitarse ó languidecer.

Así, pues, los girondinos desde su advenimiento, habian marchado de provocaciones en concesiones y de resistencias en derrotas. El 10 de agosto les habia arrancado el trono, en cuya conservacion pensaban aun en el mismo decreto en que Vergniaud proclamaba la destitucion del rey. Danton habia obtenido de ellos las proserpciones de setiembre, que no habian sabido evitar con el uso de la fuerza ni castigar amparando las víctimas con sus cuerpos. Robespierre les habia arrancado la cabeza de Luis XVI, cobardemente cedida en cambio de sus propias cabezas. Marat les habia arrancado su impunidad y su triunfo despues de su acusacion de 10 de marzo. Los jacobinos les habian arrancado el ministerio en la persona de Roland. Por último, Pache, Hebert, Chaumette y la municipalidad les arrancaban ahora su abdicacion no dejándoles mas que la vida. Débiles en lo interior, habian sido desgraciados en lo exterior. Dumouriez, su general, habia vendido la república, arrojando sobre ellos con su traicion la sospecha de complicidad. Los ejércitos sin gefes, sin disciplina, sin reemplazo, retrocedian de derrota en derrota. Las plazas fuertes del Norte caian ó se defendian tan solo con sus murallas. El realismo conquistaba el Oeste; la federacion dislocaba el Mediodía; la anarquía paralizaba el centro; las facciones ti-

ranizaban la capital. La Convención rica en oradores, pero sin caudillos políticos, vacilaba entre sus manos admirando sus discursos, pero burlándose de sus actos. Detestaban á los jacobinos y los dejaban reinar. Aborrecían al tribunal revolucionario y lo dejaban herir á la ventura, esperando que los hiriese á ellos mismos. Temían el desquiciamiento de la república y sus correspondencias desesperadas no cesaban de inducir á los departamentos al suicidio por el federalismo.

XIV.

Algunos meses mas que hubiese continuado semejante gobierno, la Francia, casi conquistada por el extranjero, reconquistada por la contra-revolucion, devorada por la anarquía, desgarrada por sus propias manos hubiera cesado de existir como república y como nacion. Todo parecia entre las manos de aquellos hombres de palabras. Era preciso resignarse á morir con ellos ó fortificar el gobierno. La violencia lo tomó por su cuenta abrogándose, como en el 10 de agosto, esa dictadura que nadie se atrevia á tomar en la Convención. La insurreccion de la municipalidad, aunque fomentada y dirigida por pasiones perversas, se presentó á los ojos de los patriotas como la insurreccion de la salvacion pública. Viendo el pueblo claramente que iba á perecer, llevó ilegalmente su mano al timon y lo arrancó de las manos impotentes que lo dejaban abandonado. El pueblo creyó usar en esto de su derecho supremo, el de existir. Se le acusó de haberse abrogado la iniciativa sobre los departamentos habiendo sustituido la voluntad de París á la de la Francia. ¿Qué podían hacer, decían los patriotas del 31 de mayo, los departamentos á la distancia en que se hallaban de los sucesos. Antes que los hubiesen consultado y hubieran

respondido, antes que su fuerza de opinion y su fuerza armada hubiesen llegado á Paris, podían los coaligados estar á sus puertas, los vendeanos á las de Orleans, y verse la república ahogada en su cuna. En los grandes peligros la proximidad es un derecho, y la parte del pueblo mas inmediata al riesgo es la que debe acudir la primera al remedio. En casos como este, la medida del poder es el alcance del brazo. Una ciudad ejerce entonces la dictadura de su situacion, para hacerla ratificar despues. Paris la había ejercido muchas veces antes y despues de 1789. No le recriminaba la Francia ni por el 14 de julio, ni por los sucesos del Juego de Pelota, ni por el 10 de agosto, en que Paris había conquistado para ella, sin consultarla ni esperarla, la revolucion y la república.

Ademas, cualesquiera que sean las teorías de igualdad abstracta entre las ciudades de un estado, ceden por desgracia estas teorías la supremacia á los hechos en circunstancias escepcionales; y estos hechos no carecen de derecho, porque tienen su justicia cuando son necesarios. Es indudable que las ciudades en que residen los gobiernos no son mas que miembros del cuerpo nacional; pero ese miembro es la cabeza. La capital de una nacion ejerce sobre los miembros un poder de iniciativa, de movimiento y de resolucion relacionado con los sentidos mas enérgicos, cuyo asiento está en la cabeza de una nacion como en el individuo. La polémica rigurosa puede combatir con razon este derecho, pero la historia no puede negarlo. En tiempo de calma el gobierno se halla repartido por todas partes en proporcion igual; pero en circunstancias extraordinarias, el gobierno existe no de derecho sino de hecho, en cualquier punto donde se apoderan de él. La iniciativa es la señora de las cosas cuando se encuentra en el sentido mismo de las cosas. El 31 de mayo era ilegal ¿quién lo justifica? Pero el 10 de agosto ¿dejaba por ventura de serlo? Este era, sin embargo, el título de los girondinos. ¿Cuál era el partido que po-